

Algo crucial en el libro del Dr. Menard es el análisis de la firma de las personas, y la historia que es un homenaje a él es de cierta forma una firma, igual que la de Marcel Duchamp al firmar una copia de la Mona Lisa o un orinal. El *Quijote* de Menard es análogo al *readymade* de Duchamp (a lo mejor hasta inspirado en Duchamp), un objeto ya existente que es recirculado después de ser firmado.<sup>10</sup> Y la firma (o “rúbrica”, como Borges la llama en otro sitio: ver Molloy, 1979: 70) es potente. Nuestro narrador escribe, cerca del final de la historia, que aun esas partes del *Quijote* de Cervantes que Menard no intentó escribir llevan la huella de su escritura previa, como un palimpsesto medieval. Por supuesto que el narrador escribe “previa” entre comillas: lo que viene antes y lo que viene después es profundamente perturbado por este acto de apropiación y recirculación.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANTELO, Raúl, 2000, “Poesía hermética y surrealismo”, *A Fonte*. En línea: [http://geocities.com/a\\_fonte\\_2000/antelo1.htm](http://geocities.com/a_fonte_2000/antelo1.htm)
- BALDERSTON, Daniel, 2009, “Los manuscritos de Borges: ‘imaginar una realidad más compleja’”, *Variaciones Borges*, 28, pp. 15-25.
- , 1993, *Out of Context: Historical Reference and the Representation of Reality in Borges*, Durham, Duke UP.
- BORGES, Jorge Luis, 1974, *Obras completas (OC)*, Buenos Aires, Emecé.
- DE QUINCHY, Thomas, 1845, “The Palimpsest of the Human Brain”. En línea: [http://essays.quotidiana.org/dequincey/palimpsest\\_of\\_the\\_human\\_brain](http://essays.quotidiana.org/dequincey/palimpsest_of_the_human_brain)
- LAFON, Michel, 2009, *Une Vie de Pierre Ménard*, París, Gallimard, Col. Blanche.
- MÉNARD, Pierre, 1931, *L'Écriture et le subconscient: Psychanalyse et graphologie*, París, Félix Alcan.
- MOLLOY, Sylvia, 1979, *Las letras de Borges*, Buenos Aires, Sudamericana.
- PASTORMERLO, Sergio, 2007, *Borges crítico*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

ded upon it all that was wanted: and yet ineffectually, since we unravelled their work; effacing all above which they had superscribed; restoring all below which they had effaced”.

<sup>10</sup> La relación Menard-Duchamp se discute en Pastormerlo, 2007: 100-106.

## Borges-Groussac, o el cervantismo reticente

JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ  
Universidad Católica Argentina  
CONICET

Borges se interesó en el *Quijote* y en su autor desde sus tempranísimos inicios literarios —si hemos de dar fe a su aseveración de que su primer cuento, “La visera fatal”, escrita a los seis o siete años, “fue una historia bastante absurda a la manera de Cervantes” (1999: 30)—, y continuó ocupándose hasta el final de su carrera y de su vida, según se desprende de explícitas referencias a la novela en sus dos últimos libros de poemas, *La cifra* de 1981 y *Los conjurados* de 1985,<sup>1</sup> y aun de ocasionales menciones en el curso de conversaciones informales relativamente próximas a su muerte, como las recogidas por Bioy Casares en su póstumo volumen de 2006.<sup>2</sup> La bibliografía encargada de dar cuenta de las lecturas y valoraciones borgeanas de Cervantes y de la influencia del *Quijote* en las ideas de Borges acerca de la ficción es considerable;<sup>3</sup> suele destacarse en ella la confesada admisión del autor argentino por el *Quijote* y la deuda que tiene contraída con él como lugar de aprendizaje de teoría ficcional y de oficio narrativo. Sin embargo, sólo de soslayo y como sobre ascuas suelen los críticos advertir que junto a su elogio y gratitud hacia la gran novela Borges desliza para ella y su autor no pocos reparos, a veces explícitos, casi siempre velados y nimbados de su consabida ironía. Así, junto al elogio más enfático, y sin que este se resienta en su condición de tal, Borges insinúa una cierta mezquindad valorativa que impide a su alabanza ser franca y abierta, haciéndola amainada, ensombrecida, relativa, velándola inclusive de elegante menosprecio por aquello mismo que ensalza. Como sienta el título de uno de sus ensayos dedicados al asunto, Borges parece postular, sí, la innegable *magia* del *Quijote*, pero esa magia

<sup>1</sup> “Nota para un cuento fantástico” (1981: 33), “Alguien soñará” (1985: 47).

<sup>2</sup> La última referencia al *Quijote* corresponde al 7 de noviembre de 1980 (Bioy Casares, 2006: 1543).

<sup>3</sup> Sólo algunas referencias importantes: Fernández, 2006: 181-200; Fine, 2002: 117-127; González Uchevarría, 2007: en línea; Lastra Paz, 1998-1999:119-124; Lira Coronado, 1990: 3-10; Madrid 1987; Mojica, 2005: 185-219; Pasternac, 1992-1993: en línea; Rimoldi, 2002: 257-264; Rodríguez Luis, 1988: 477-500; Torres Torres, 2006: en línea.

es siempre *parcial*, y el excelente libro no se impone como inevitable, sino se rescata como una mera —aunque grande y bella— contingencia de la literatura.

Borges deja bien en claro qué valora y encomia en el *Quijote*. Valora ante todo —él, que repetidamente afirma que lo que más le interesa en un relato, aun extenso como la novela, es la trama y no las psicologías— la construcción del protagonista, y en menor medida la de Sancho, como impecables y profundas en su complejidad y veracidad, a salvo siempre de toda fácil y empobrecedora abstracción o alegorización arquetípica, y aptas para ganar no sólo la admiración del lector, sino su incondicional amistad, como ninguna otra criatura ficcional.<sup>4</sup> Destaca también como un gran mérito de la novela esa inquietante y diestra mezcla de los diversos planos de la realidad, gracias a la cual los distintos niveles de la narración se intersectan y potencian, haciendo que los mismos personajes que actúan la historia puedan leerla y aportando así a una obra de base realista su necesaria dosis de ingrediente maravilloso.<sup>5</sup> Por último, elogia Borges pasajes acotados de la novela que considera los

<sup>4</sup>“La crítica española, ante la probada excelencia de esta novela, no ha querido pensar que su mayor (y tal vez único irrecusable) valor fuera el psicológico” (OC: 202); “el *Quijote* [es] la lenta presentación total de una gran persona, a través de muchísimas aventuras, para que la conozcamos mejor” (2001: 65); “Ciertamente, no hay cosa alguna que no pueda ser símbolo; [...] en tal sentido, también lo serán Sancho y Quijote [...]. Mi propósito no es convertir esa mágica afirmación; lo que niego es la hipótesis monstruosa de que esos españoles, amigos nuestros, no sean gente de este mundo sino las dos mitades del alma. El Sancho y el Quijote de la leyenda pueden ser abstracciones; no los del libro, que son individuales y complejísimo” (2001: 252-253); “Antes de Don Quijote, los héroes creados por el arte eran personajes propuestos a la piedad o a la admiración de los hombres; Don Quijote es el primero que merece y que gana su amistad. Dulcemente ha ganado la amistad del género humano, desde que ganó, hace tres siglos, la del valeroso y pobre Cervantes” (2001: 253); “don Quijote es para nosotros no sólo un amigo querido sino también un santo” (2003: 17); “el *Quijote* [...] es la primera y la más íntima de las novelas de caracteres” (1998: 62); “Inventó y compuso [Cervantes] el *Quijote*, que es el último libro de caballerías y la primera novela psicológica de las letras occidentales” (1998: 98); “El *Quijote* [...] es la venerable y satisfactoria presentación de una gran persona, pormenorizada a través de doscientos trances, para que lo conozcamos mejor” (1994: 118); “siempre hay placer, siempre hay una suerte de felicidad cuando se habla de un amigo. Y creo que todos podemos considerar a Don Quijote como un amigo. Esto no ocurre con todos los personajes de ficción” (1968: en línea); “no estoy del todo seguro de que creo en Sancho como creo en Don Quijote. Pues a veces siento, que pienso en Sancho como en un mero contraste de Don Quijote” (1968: en línea); “Don Quijote es una de las personas más vívidas y también más queribles y más nobles de la literatura; estéticamente, la elección es inobjetable” (Bioy Casares, 2006: 43).

<sup>5</sup>“El plan de la obra le vedaba lo maravilloso; este, sin embargo, tenía que figurar, siquiera de manera indirecta [...]. Cervantes [...] insinuó lo sobrenatural de un modo sutil, y, por ello mismo, más eficaz. [...] Cervantes se complace en confundir lo objetivo y lo subjetivo, el mundo del lector y el mundo del libro. En aquellos capítulos que discuten si la bacía del barbero es un yelmo y la albarda un jaez, el problema se trata de modo explícito; en otros lugares, como ya anoté, lo insinúa. En el sexto capítulo de la primera parte, el cura y el barbero revisan la biblioteca de don Quijote; asombrosamente uno de los libros examinados es la *Galatea* de Cervantes [...]. El barbero, sueño de Cervantes o forma de un sueño de Cervantes, juzga a Cervantes... También es sorprendente saber, en el principio del noveno capítulo, que la novela entera ha sido traducida del árabe y que Cervantes adquirió el manuscrito en el mercado de Toledo, y lo hizo traducir por un morisco [...]. Este juego de extrañas ambigüedades culmina en la segunda parte; los protagonistas han leído la primera, los protagonistas del *Quijote* son, asimismo, lectores del *Quijote*” (OC: 667-668); “cuando el cautivo nos cuenta su cautiverio, habla de un compañero. Y ese compañero, se nos hace sentir, es finalmente nada menos que Miguel de Cervantes Saavedra, que escribió el libro. Así hay un personaje que es un sueño de Cervantes y que, a su vez, sueña con Cervantes y lo convierte en un sueño. Después, en la segunda parte del libro, descubrimos, para nuestro asombro, que los personajes han leído

más logrados, como el capítulo final que narra la muerte del héroe, página que conmovió fuertemente a nuestro autor y a la que dedicó un análisis pormenorizado (2003: 13-25), o como la entera segunda parte, que juzga muy superior a la primera,<sup>6</sup> o como el capítulo inicial de la obra e incluso su primera y perfecta frase.<sup>7</sup> Pero lo que más nos interesará en nuestro presente trabajo no es señalar lo que le gusta a Borges del *Quijote*, sino lo que de él, o en torno de él, le disgusta. Sin ánimo de agotar las posibilidades taxonómicas ni de establecer una implícita evolución de pensamiento detrás de nuestras distinciones, que serán meramente lógicas y no cronológicas, hemos de proponer a continuación tres aspectos o puntos de abordaje que pautan las censuras de Borges al *Quijote*; se trata de tres esferas cuyos límites son difusos y sus transiciones graduales, y cuya amplitud creciente permitirá advertir cada vez con mayor evidencia la impronta ideológica y aun el concreto intertexto de un previo crítico de Cervantes cuyas obras y cuya misma personalidad resultan inescindibles, según creemos, de todo cuanto ha pensado y escrito Borges acerca de la inmortal novela: Paul Groussac. He aquí los tres aspectos sugeridos a propósito de los reparos borgeanos acerca del *Quijote*:

la primera parte y que también han leído la imitación del libro que ha escrito un rival [...]. Así que es como si Cervantes estuviera todo el tiempo entrando y saliendo fugazmente de su propio libro y, por supuesto, debe haber disfrutado mucho de su juego” (1968: en línea); “Entonces tenemos en Don Quijote un doble carácter. Realidad y sueño. Pero al mismo tiempo Cervantes sabía que la realidad estaba hecha de la misma materia que los sueños. Es lo que debe haber sentido. Todos los hombres lo sienten en algún momento de su vida. Pero él se divirtió recordándonos que aquello que tomamos como pura realidad era también un sueño. Y así todo el libro es una suerte de sueño. Y al final sentimos que, después de todo, también nosotros podemos ser un sueño” (1968: en línea); “Vencido por la realidad, por España, Don Quijote murió en su aldea natal hacia 1614. Poco tiempo lo sobrevivió Miguel de Cervantes. Para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII. No sospecharon que los años acabarían por limar la discordia, no sospecharon que la Mancha y Montiel y la magra figura del caballero serían, para el porvenir, no menos poéticas que las etapas de Simbad o que las vastas geografías de Ariosto. Porque en el principio de la literatura está el mito, y asimismo en el fin” (OC: 799); “De aquel hidalgo de cetrina y seca/tez y de heroico afán se conjetura/ que, en víspera perpetua de aventura,/ no salió nunca de su biblioteca./ La crónica puntual que sus empeños/ narra y sus tragicómicos desplantes/ fue soñada por él, no por Cervantes,/ y no es más que una crónica de sueños” (OC: 892); “El hidalgo fue un sueño de Cervantes/ y don Quijote un sueño del hidalgo./ El doble sueño los confunde y algo/ está pasando que pasó mucho antes” (OC: 1096); “No sé aún su nombre. Yo, Quijano,/ seré ese paladín. Seré mi sueño./ [...] Ni siquiera soy polvo. Soy un sueño/ que entreteje en el sueño y la vigilia/ mi hermano y padre, el capitán Cervantes [...]./ Para que yo pueda soñar al otro/ cuya verde memoria será parte/ de los días del hombre, te suplico:/ Mi Dios, mi soñador, sigue soñándose” (1977: 52).

<sup>6</sup>“Cervantes comprendió sin duda que no podía seguir con el sistema de porrazos... En la segunda parte del *Quijote* entra en una historia más noble” (Bioy Casares, 2006: 1183); “En la segunda parte del *Quijote*, Cervantes conoce mejor su personaje y se cansa de los percances físicos, palizas y groserías” (Bioy Casares, 2006: 1449).

<sup>7</sup>“Elogia [Borges] la primera frase del *Quijote*. Recuerda a Groussac, que dijo: ‘Sería crueldad señalar que entonces [Cervantes] disponía de más tiempo, porque estaba en la cárcel’” (Bioy Casares, 2006: 1264); “El primer capítulo del *Quijote* es maravilloso. Quijote y la gente que lo rodea son creíbles; no así Sancho. La técnica de Cervantes en ese primer capítulo es totalmente opuesta a la de los novelistas modernos, que tratan de engañar al lector, confundirlo” (Bioy Casares, 2006: 1543).

## EL QUIJOTE COMO EXPRESIÓN DE LO ESENCIAL E IDENTITARIO ESPAÑOL

Borges se niega a ver en la mayor creación de la literatura española una muestra del genio específicamente español o la expresión de una supuesta esencia española, tanto genéricamente espiritual o humana cuanto, más concretamente, idiomática. Para él el *Quijote* es más bien una excepción dentro de las letras hispanas, algo que no se parece a nada anterior ni genera posteridad en la Península.<sup>8</sup> Tampoco le parece arquetípicamente español su autor, a quien juzga como opuesto al carácter de su pueblo y su sociedad: "Tolerante en un siglo de intolerantes, contemporáneo de las visibles hogueras del Santo Oficio y del saqueo de Cádiz, el narrador de *La española inglesa* no muestra el menor asomo de odio por Inglaterra" (1998: 63); "Cervantes parece menos español que el adusto y fanático Quevedo" (Bioy Casares, 2006: 663). Desacuerda con aquellas exégesis que se empeñan en descubrir en la novela una clave del alma española, o que la entronizan como texto evangélico de una fe hispánica sólo accesible a quienes integran la comunidad de fieles:

Nada los regocija como simular que este libro (cuya universalidad no se cansan de publicar) es una especie de secreto español, negado a las naciones de la tierra pero accesible a un grupo selecto de aldeanos. [...] Panegiristas de este tipo infestaron el siglo XIX [...]. Del culto de la letra se ha pasado al culto del espíritu; del culto de Miguel de Cervantes al de Alonso Quijano. Éste ha sido exaltado a semidiós; su inventor [...] ha sido rebajado por Unamuno a irreverente historiador o a evangelista incomprensivo y erróneo (2001: 251).

Unamuno representa en grado eminente, en efecto, con su *Vida de don Quijote y Sancho* de 1905, esta corriente exaltatoria de la criatura en desmedro de su lego creador y como encarnación de la espiritualidad, casi la religión española, pero en la raíz del rechazo borgeano a este tipo de lectura del *Quijote* y de su resistencia a valorar en él todo aquello que suene a o luzca como específicamente hispánico se encuentra su instintivo desprecio por todo discurso de cariz nacionalista, que en el caso específico del nacionalismo español, por añadidura, adquiere connotaciones de rancio tradicionalismo católico cuando no de abierto fascismo falangista; González Echevarría ha señalado muy oportunamente que Borges publica su "Nota sobre el *Quijote*", que acabamos de citar, en 1947, cuando el franquismo imperante en la Península había convertido el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes en una ocasión para la autocelebración nacionalista y tradicionalista del propio régimen, empeñado por lo demás en una política reivindicatoria de la común hispa-

<sup>8</sup>"[...] en España, los buenos libros no tuvieron descendencia. ¿Qué escuela nació del *Quijote*? Fue estéril. Un mulo" (Bioy Casares, 2006: 1061).

nidad mediante una orquestada propaganda llevada adelante en América toda y, muy específicamente, en la Argentina del también nacionalista y tradicionalista Perón.<sup>9</sup> Pero ocurre que la legítima reacción de Borges contra este tipo de fácil panegirismo nacionalista de trasnochado romanticismo acaba excediéndose en su objeto y trasciende de las desacertadas exégesis a la novela misma, negándose a ver que, más allá de todo reprochable exceso o estrechez hispanocéntrica de cierta crítica, el *Quijote* es una obra inequívocamente española que no puede ser juzgada y valorada con justicia y plenitud si se prescinde de esta dimensión nacional, y que existe una legítima cifra de hispanidad en ella que no tiene nada de fascista y que cabe con absoluta licitud postular e intentar comprender; se trata de una dimensión que necesariamente pasa, en una primera instancia, por lo idiomático, con lo cual entramos ya en el segundo aspecto de la ceguera borgeana acerca del *Quijote*.

## EL QUIJOTE COMO MÁXIMO PRODUCTO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Parte inescindible de la exégesis nacionalista hispánica del *Quijote* es la que encarece sobre todo la excelencia de la obra con respecto al estilo y a su manejo de la lengua española, de la que sería epítome y modelo. Borges se aparta decididamente también de esta perspectiva, denigrando duramente las supuestas virtudes estilísticas del *Quijote* y rechazando el valor de la prosa cervantina como modelo de lengua española. Ya en "La supersticiosa ética del lector", de 1930, denuncia los "dones de estilo" que la crítica española atribuye a la novela como inexistentes, advirtiendo que "basta revisar unos párrafos del *Quijote* para sentir que Cervantes no era estilista (a lo menos en la presente acepción acústico-decorativa de la palabra) y que le interesaban demasiado los destinos de Quijote y de Sancho para dejarse distraer por su propia voz" (OC: 202-203). Como se ve, Borges continúa fiel a su convicción acerca de que el principal —si no el único— mérito de la obra radica en la diestra construcción de sus personajes protagónicos, y entiende toda operatoria más o menos consciente de ela-

<sup>9</sup>"[...] la España de Franco volcó sobre sus antiguas colonias, además de numerosos exiliados (que las enriquecieron intelectualmente), una campaña de propaganda cultural basada en la comunidad de idioma, religión e historia. [...] En el ámbito de lengua española, el autor del *Quijote* se había convertido en símbolo de un nacionalismo con ribetes fascistas que preocupó a Borges, no tanto por sus repercusiones políticas como por lo que suponía respecto a la creación y recepción literarias y el desarrollo de su propia obra. [...] Es esa forma de pensamiento la que se manifiesta, de manera más o menos velada o latente, en las interpretaciones españolas del *Quijote*, y a la que Borges contraponen la suya propia, en medio de la campaña propagandística del estado español y de intelectuales y escritores españoles, muchos opuestos a este, pero que sin proponérselo se convierten en sus aliados. La canonización del *Quijote* se remonta al siglo XVIII, pero cobra auge en el XIX durante la plenitud del romanticismo, del que derivan todos los esfuerzos por hacer de Cervantes portavoz del *Volksgeist* español. [...] Borges quiere rescatar al autor del *Quijote* de sus comentaristas españoles y demostrar que, por la naturaleza misma de su obra, es el autor menos apto para ser reclutado en proyectos nacionalistas de dudosas tendencias políticas" (González Echevarría, 2007: en línea).

boración estilística como una distracción superflua que Cervantes tuvo la sensata advertencia de no permitirse; hace pasar, en suma, un defecto por una virtud, porque Borges lo quiere a Cervantes —como quiere a los españoles, objetos de su afecto pero nunca de su respeto intelectual, en actitud condescendiente y característica de cierta clase socioculturalmente dominante en la Argentina de entresiglos—, y porque no se resigna a una censura despiadada, aunque bien sabemos que detrás de los modales atemperados de su pluma es donde acechan sus dardos peores. Haciéndose eco de opiniones en idéntico sentido de Leopoldo Lugones y Paul Groussac —despunta ya, explícitamente, Groussac en nuestro negocio— Borges afirma que el estilo es la debilidad de Cervantes, que su idioma es humilde, la forma de su novela floja y desaliñada y la contextura general de su prosa resulta —cita a Groussac— *de sobremesa, conversada y no declamada*; de nuevo para atemperar el ataque y disfrazar la carencia de riqueza, añade “y otra no le hace falta” (OC: 203). De los reparos para con la lengua y el estilo de Cervantes pasa Borges a la censura de aquella crítica que se niega a reconocer esos reparos y ve en el texto un ejemplo de purismo idiomático; aquí, Borges carga nuevamente las tintas con su buena dosis de desprecio por lo español: “La gramática —que es el presente sucedáneo español de la Inquisición— se ha identificado con el *Quijote*, nunca sabré por qué. El purismo, no menos inexplicable y violento, lo ha hecho suyo también” (2001: 65); “Paradójica gloria la del *Quijote*. Los ministros de la letra lo exaltan; en su discurso negligente ven (han resuelto ver) un dechado del estilo español y un confuso museo de arcaísmos, de idiotismos y de refranes” (2001: 251); “Juzgado por los preceptos de la retórica, no hay estilo más deficiente que el de Cervantes. Abunda en repeticiones, en languideces, hiatos, en errores de construcción, en ociosos o perjudiciales epítetos, en cambios de propósito. A todos ellos los anula o los atempera cierto encanto esencial [...]. No hay una de sus frases, revisadas, que no sea corregible; cualquier hombre de letras puede señalar los errores; las observaciones son lógicas, el texto original acaso no lo es; sin embargo, así incriminado el texto es eficazísimo, aunque no sepamos por qué” (1998: 64-65).<sup>10</sup> Repárese de nuevo en el celo con que Borges intenta suavizar lo inmisericorde de su descalificación, echando mano de expresiones tan poco dignas de su proverbial justeza expresiva por lo imprecisas y vacuas como tan análogas, por lo demás y por las mismas razones, a las imputadas deficiencias de estilo cervantinas —¿qué es eso de “cierto encanto esencial”? ¿qué clase de eficacia textual es esa, rayana en un misterio teológico, cuya clave no radica en la condigna eficacia de sus atacadas formas?—. Pero hay algo más en esta última cita, una punta de ovillo para ulteriores desarrollos de nuestro tema; dice Borges que “las observaciones son lógicas, el texto original acaso no lo es”, vale decir, desliza la idea de que las deficiencias del estilo de Cervantes no se deben solamente a la incompetencia idiomática del autor, sino a una deficiencia inherente al código

<sup>10</sup>Ideas similares constan en Borges, 1968: en línea; y en Bioy Casares, 2006: 43, 757.

mismo empleado, a la lengua española como instrumento literario. Lo que aquí apenas sugiere lo ha dicho Borges con todas las letras en otros sitios; sabida es la conseja, tal vez falsa pero difundida por él mismo, acerca de que leyó el *Quijote* por primera vez en inglés, y que luego, al leerlo en su lengua original, le pareció “una mala traducción” (1999: 26); también ha dicho que el *Quijote* “gana póstumas batallas contra sus traductores y sobrevive a toda descuidada versión”, y que “más vivo es el fantasma alemán o escandinavo o indostánico del *Quijote* que los ansiosos artificios verbales del estilista” (OC: 204). Otra vez intenta hacernos pasar gato por liebre y disfraza de mérito y de elogio, ponderando la fortaleza de la obra ante las traducciones, lo que en realidad es una deficiencia y censura, esto es, el escaso valor del *Quijote* como artefacto verbal y el carácter meramente aleatorio y no indispensable de su lengua original, el español. Resulta entonces que en la más grande obra de la literatura española la lengua castellana en que está escrita no es esencial; el paso siguiente consistirá en postular que la entera literatura española es prescindible y superflua, casi inexistente:

[...] una gran literatura poética o filosófica [son] favores que no se domiciliaron nunca en España [...]. Confieso —no de mala voluntad y hasta con presteza y dicha en el ánimo— que algún ejemplo de genialidad española vale por literaturas enteras: don Francisco de Quevedo, Miguel de Cervantes. ¿Quién más? Dicen que don Luis de Góngora, dicen que Gracián, dicen que el Arcipreste. No los escondo, pero tampoco quiero acortarle voz a la observación de que el común de la literatura española fue siempre fastidioso. Su cotidianería, su término medio, su gente, siempre vivió de las descansadas artes del plagio. El que no es genio, es nadie (1994: 143).

Y en conversación con Bioy Casares, después de enumerar y comentar con displicencia y menosprecio inocultables una larga serie de autores y obras de España —entre los que se encuentran Larra, Pereda, Benavente, Palacio Valdés, Alarcón, Valle Inclán, Galdós, Clarín, Ganivet, Baroja, Azorín— concluye: “¡Qué literatura mediocre! Cómo sería, para que los escritores del 98 parecieran revolucionarios” (Bioy Casares, 2006: 203). Ante semejante parecer, no puede extrañar que en su ensayo sobre “El escritor argentino y la tradición” postule casi con ferocidad, obviando tanto la historia como la lengua, la independencia absoluta de la literatura argentina respecto de la española, ya que “la historia argentina puede definirse sin equivocación como un querer apartarse de España, como un voluntario distanciamiento de España”, y los libros españoles son entre nosotros “difícilmente gustables sin un aprendizaje especial” (OC: 271-272). Del menosprecio por la literatura española pasa Borges sin dificultad a parejo menosprecio por el idioma que le sirve de vehículo:

El hecho es que el idioma español adolece de varias imperfecciones (monótono predominio de las vocales, excesivo relieve de las palabras, ineptitud para formar palabras compuestas) pero no de la imperfección que sus torpes vindicadores le atacan: la dificultad. El español es facilísimo. Sólo los españoles lo juzgan arduo: tal vez porque los turban las atracciones del catalán, del bable, del mallorquín, del galaico, del vascuence y del valenciano; tal vez por un error de la vanidad; tal vez por cierta rudeza verbal (confunden acusativo y dativo, dicen *le mató* por *lo mató*, suelen ser incapaces de pronunciar *Atlántico* o *Madrid* [...])” (OC: 654-655).<sup>11</sup>

Esta última cita, correspondiente al célebre artículo disparado por Borges contra el libro de Américo Castro sobre la lengua rioplatense, condensa en impecable síntesis todas las aristas del inocultable prejuicio antihispánico de nuestro autor: hemos pasado del *Quijote*, cuyas magias son excelentes pero al cabo parciales, cuyo estilo es deficiente y su forma mejora en traducciones, a una demolición de la literatura española *in toto* y a la descalificación brutal de la lengua española en su versión peninsular. Estamos ya listos para pasar al tercero y último de los tres aspectos discernidos a propósito de la valoración reticente del *Quijote* por parte de aquel que sintetiza y potencia los dos anteriores en una formulación discursiva y ficcional de indudable maestría: el cuento “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, incluido en *Ficciones*.

#### EL QUIJOTE COMO EXPERIMENTO PARA LA IMPOSIBLE “REDENCIÓN” DE LA CULTURA ARGENTINA RESPECTO DE SU RAÍZ HISPÁNICA

“Pierre Menard, autor del *Quijote*” recoge, en efecto, el rechazo de Borges para con los supuestos méritos de la novela como dechado de estilo, de lengua y de esencia o carácter nacional españoles, pero lleva estas censuras a una insuperable consumación al fantasear con la idea de un *Quijote* idéntico en forma al de Cervantes, pero distinto y aun opuesto a este en sentido y valor, por deberse a la pluma de un autor no español que vuelve a crearlo originalmente sin copiarlo. Se trata, en suma, de operar por fin la anhelada y plena “desespañolización” del *Quijote*, requisito indispensable para poder Borges abandonarse sin reticencias a la admiración que la

<sup>11</sup> Previos ataques a la lengua española habían quedado dichos ya en la conferencia de 1927 “El idioma de los argentinos”: “Su mayor y solo argumento [en pro del español] consta de las sesenta mil palabras que nuestro diccionario, el de los españoles, registra. Yo insinúo que esa superioridad numérica es ventaja aparente, no esencial. [...] La riqueza del español es el otro nombre eufemístico de su muerte. Abre el patán y el que no es patán nuestro diccionario y se queda matavillado frente al sin fin de voces que están en él y no están en ninguna boca” (1994: 140-141); “La sinonimia perfecta es lo que ellos quieren, el sermón hispánico. El máximo desfile verbal, aunque de fantasmas o de ausentes o de difuntos. La falta de expresión nada importa; lo que importa son los arcos, galas y riquezas del español, por otro nombre el fraude. La sueñera mental y la concepción acústica del estilo son las que fomentan sinónimos: palabras que sin la incomodidad de cambiar de idea, cambian de ruido” (1994: 142).

novela le provoca. La imaginaria atribución de la obra a un escritor de segundo o tercer nivel del mediodía francés entre los siglos XIX y XX le sirve a Borges para dos fines: en primer término, al eximirlo de una autoría española, para arrebatar definitivamente la gran novela de las garras del nacionalismo tradicionalista y propagandístico hispánico —recuérdese cómo destaca Borges en Menard el mérito de haberse resistido a las consabidas españoladas a la moda—<sup>12</sup>, y en segundo lugar, para escamotearle también a la misma lengua española sus derechos de posesión sobre ella, porque si bien el *Quijote* de Menard coincide en su letra con el de Cervantes y está por tanto redactado en castellano, más allá de esta coincidencia locutiva ambos textos difieren en su fuerza ilocutiva y en sus efectos perlocutivos, por cuanto son distintos los contextos de emisión y de recepción, y en la Francia de principios del siglo XX las mismas viejas frases castellanas del *Quijote* original, con su desmañada y pobre retórica de sobremesa, con sus vacilaciones e inconsistencias, cobran mayor y mejor sentido: “El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico” (OC: 449). Las imperfectas formas españolas resultan así más aptas para la generación plena y rica de un sentido en manos del ínfimo escritorzuelo francés —sobre el cual Borges no cesa, por lo demás, de ironizar con sarcasmo a lo largo del cuento— que en las del máximo genio literario de España, genio que no parece haber podido ir en su labor, según confiesa Menard y recoge el narrador, más allá de la confección de una obra interesante pero no “inevitable”, de un *Quijote* definido como “libro contingente” e “innecesario”. (OC: 447-448). La contingencia y evitabilidad del *Quijote* parecen disminuir y desaparecer en la inconclusa versión menardiana, de la mano de su correlativa desespañolización, a punto tal que esta se le impone al narrador del cuento como la única existente y posible: “¿Confesaré que suelo imaginar que [Menard] la terminó [su versión] y que leo el *Quijote* —todo el *Quijote*— como si lo hubiera pensado Menard?” (OC: 447).

El cuento todo es un sutil decantado de la inocultable incomodidad de Borges ante la condición española del *Quijote*, y un ejercicio consumado de esa modalidad de elogio reticente, de desdeñosa alabanza que caracteriza al cervantismo de nuestro autor. Pues bien, detrás de estas dos actitudes de Borges —su incomodidad y su reticencia con respecto a España y al *Quijote*—, y detrás también de la plasmación del personaje mismo del fantasmagórico y ridículo Menard, late el modelo real de Paul Groussac, escritor igual de hispanóphobo y mezquino en el elogio. Los parecidos entre Groussac y Menard son en efecto bastante evidentes: ambos franceses del

<sup>12</sup> “[...] el fragmentario *Quijote* de Menard es más sutil que el de Cervantes. Este, de un modo burdo, opone a las ficciones caballerescas la pobre realidad provinciana de su país; Menard elige como ‘realidad’ la tierra de Carmen durante el siglo de Lepanto y de Lope. ¡Qué de españoladas no habría aconsejado esa elección a Maurice Barrès o al doctor Rodríguez Larreta! Menard, con toda naturalidad, las elude. En su obra no hay gitanerías ni conquistadores ni místicos ni Felipe Segundo ni autos de fe. Desatiende o proscribe el color local” (OC: 448).

sur, ambos escritores menores y —ellos sí— decididamente “no inevitables”, “innecesarios” y “contingentes”, ambos dados a la pedantería intelectual, ambos pretendidos hispanistas al cabo derrotados en sus ambiciosas empresas. Se trata de un parecido que Borges explota en clave de parodia irónica enderezada al ostentoso *arbiter litterarum* franco-argentino, según señaló en su momento Ricardo Piglia<sup>13</sup> (1995: 114-116; ver Pasternac, 1992-1993: en línea; Tacca, 1999: 180-203). Entiende Piglia que, como Menard, Groussac ejerció también a su modo un cervantismo imposible por anacrónico, pues su mayor obra dedicada a Cervantes —*Le “Don Quichotte” d’Avellaneda. Une énigme littéraire*— tiene como eje la atribución del *Quijote* apócrifo a un autor, el abogado valenciano Juan José Martí, que había muerto un año antes de la publicación de la primera parte de la novela cervantina a la cual pretendía supuestamente continuar y corregir,<sup>13</sup> pero las analogías entre Groussac y Menard que propone Piglia se quedan aquí, no repara el novelista en la profunda identidad que aproxima, hermanándolas en ideas, tono, prejuicios y hasta tópicos, las prácticas cervantistas de Groussac y de Borges —tanto del Borges crítico como del Borges narrador de Menard—. Adviértase ante todo que Groussac profesa una hispanofobia más rispida aún que la de y que, como este, ejerció con fruición el hábito del desprecio de España, de su literatura, de su filología y de su lengua:

Qui entreprendra cette histoire de la littérature espagnole sur de solides bases critiques? On ne peut l’attendre, semble-t-il, d’un écrivain local. Même en supposant qu’un esprit vigoureux et libre sortît du rang et pût se développer au dehors, sous l’influence des méthodes modernes, il s’étiolerait vite en rentrant dans ce milieu de misère psychologique et de routine, ou se briserait contre le rempart crénelé des préjugés. Et puis, il faut bien le dire, cette langue surannée ne fût-elle pas un premier inconvénient à l’exécution de l’œuvre, qu’elle serait un obstacle sérieux à son efficacité. Tel qu’on s’obstine à le perpétuer, en excommuniant les novateurs qui tentent d’élargir les vieux moules, l’espagnol est un outil ‘philosophique’ à peine plus adéquat à la pensée contemporaine que le latin ou l’arabe [...]. Il faudrait [...] deux ou trois générations et quelques hommes de génie pour reforger en instrument de

<sup>13</sup> “¿Cómo no ver en esa chambonada del erudito galo, me dice Renzi, el germen, el fundamento, la trama invisible sobre la cual Borges tejió la paradoja de “Pierre Menard, autor del *Quijote*?” Ese francés que escribe en español una especie de *Quijote* apócrifo que es, sin embargo, el verdadero; ese patético y a la vez sagaz Pierre Menard, no es otra cosa que una transfiguración borgeana de la figura de este Paul Groussac, autor de un libro donde demuestra, con una lógica morfófera, que el autor del *Quijote* apócrifo es un hombre que ha muerto antes de la publicación del *Quijote* verdadero. Si el escritor descubierto por Groussac había podido redactar un *Quijote* apócrifo antes de leer el libro del cual el suyo era una mera continuación, ¿por qué no podía Menard realizar la hazaña de escribir un *Quijote* que fuera a la vez el mismo y otro que el original? Ha sido Groussac, entonces, con su descubrimiento póstumo del autor posterior del *Quijote* falso quien, por primera vez, empleó esa técnica de lectura que Menard no ha hecho más que reproducir. Ha sido Groussac en realidad quien [...] enriqueció, acaso sin quererlo, mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas” (Piglia, 1995: 115-116).

précision cette bonne dague de Tolède. Cela fait, il resterait la difficulté de la propagation hors de la Péninsule et des républiques américaines, qui forment une audience littéraire assez modeste. Y être célèbre, hélas! ce n’est pas encore sortir de l’obscurité (Groussac, 1903: IX-X).

En la quejosa frase final, por cierto, puede uno columbrar la autoconmiseración de Groussac por su propio destino de mediocridad sudamericana. No deja de resultar llamativo, y casi podría interpretarse como un acto de justicia poética para con el arrogante bibliotecario e improvisado cervantista, que fuera precisamente el mayor representante de esas letras españolas tan duramente despreciadas, Marcelino Menéndez y Pelayo, quien con unas breves y serenas páginas refutara las insostenibles tesis del francés acerca de la autoría del *Quijote* apócrifo (Menéndez y Pelayo, 1907: 79 y s.): la desdeñada hispanidad se tomaba venganza donde más debió de dolerle a Groussac, en su amor propio de autosuficiente transpirenaico; no se pierda de vista que el libro sobre el *Quijote* apócrifo lo publicó Groussac en París y en francés, porque pensaba con él terciar de igual a igual con los popes del cervantismo europeo —que no español—, y porque pensaba también, según hemos citado, que la lengua española no era apta para una apuesta intelectual de tal envergadura, mediante la cual aspiraba a lograr su definitiva consagración. Baste un dato para justipreciar el estado de derrota anímica que debió de padecer: apartándose de sus hábitos de polemista impenitente, Groussac jamás contestó la refutación de Menéndez y Pelayo, y cuando volvió a mencionar el tema, en sus célebres conferencias sobre el *Quijote* de 1919, al aludir al incidente se cuidó muy bien de contraargumentar las razones de don Marcelino —no tenía, claro, armas con qué argumentar—, y se limitó a embestir contra este, a la sazón ya fallecido, mediante indignas descalificaciones *ad hominem* muy propias de su exceso de atrabilis.<sup>14</sup> Curiosa caballerosidad la de este caballero galo, acordarse de contestar una crítica, habiendo callado durante más de diez años, cuanto el opositor está ya muerto e indefenso ante tanto derrame de mala leche.

<sup>14</sup> “En cuanto a mi eminente contradictor, nunca pensé en desconocer sus merecimientos, si bien dejaba a sus paisanos la grata tarea de exagerarlos. Me complazco en conceder que su exuberante producción literaria, necesariamente superficial en proporción de su esparcimiento, rescata, a semejanza de un arroyo de serranía, su poca profundidad con lo cristalino de su raudal. Admiro esa prosa de casi impecable corrección, dechado de elegancia académica; ella podría competir con la de nuestro célebre y ya tan olvidado Villemain, si, menos reñida con la gracia risueña, lograra desprenderse de cierta exornación escolar y humso de sacristía o seminario, hasta en materia profana. Fue Menéndez y Pelayo un bibliógrafo insaciable, servido por una memoria prodigiosa; si bien vivió congestionado por esa inmensa lectura mal digerida, confundiendo fatalmente el saber literario —simple acopio de cosecha ajena, o, cuando más, absorción asimilativa de extraña materia— con la ciencia, que es descubrimiento propio, y el arte, que es creación. Eximio vulgarizador, derramó en innumerables glosas e interminables introducciones el fruto de sus compilaciones, sin alcanzar la personalidad en el estilo, como tampoco la originalidad en la idea. Después de una existencia meritoria consagrada al estudio, desaparece entero, no dejando un hallazgo en la historia literaria ni una huella propia e indeleble en la crítica” (Groussac, 1980: 9). *Mutato nomine*, resulta evidente que el mezquino epíteto prodigado en la frase final cuadra hoy por hoy más al redactor que al destinatario, pese a las ilusiones del Borges de 1929 acerca de que Groussac “no puede no quedar” (OC: 234).

El caso es que Groussac pretendió como Menard, y fracasó igual que él, arrebatarse a España y a los españoles la gloria del *Quijote*; si el personaje de ficción lo hizo apropiándose ridículamente de una creación ajena, el crítico francés intentó hacerlo apropiándose de su interpretación y exégesis con no menor ridículo, a juzgar por lo endeble de su arrogante teorización, pero en ambos casos el fin perseguido es la denigración —más explícita en Groussac, más solapada en Menard— de España y de su tradición cultural,<sup>15</sup> denigración muy propia de cierta intelectualidad francesa y, por vía de consabida y adolescente emulación, también de cierta intelectualidad argentina de la que inequívocamente participa Borges. Ocurre, claro, que Borges es demasiado inteligente para caer en las baladronadas brutales de Groussac, y ejecuta su operación denigratoria mediante un discurso muy suyo que ironiza y satiriza aquello mismo que postula: de ahí el ridículo de Menard —espejo ficcional, para Piglia, del de Groussac—, y de ahí el melancólico fracaso con el que rotula el cuentista la disparatada empresa de su personaje. Admitida la innegable intención paródica, Borges rinde sin embargo un oblicuo homenaje a ese antipático Groussac del que se ceba su mediatizada ironía, y no podía ser de otra manera, pues se reconoce nuestro autor su discípulo y seguidor, tanto en ese talante hispanófilo que no era en absoluto coto privado de ambos sino antes bien difundido —y difuso— lugar común de la Argentina “pensante” de la época, cuanto en más precisas ideas y opiniones, valoraciones y rechazos acerca del *Quijote* y de Cervantes. Para decirlo de una vez: Borges parece haber leído y apreciado desde siempre el *Quijote* a través de y desde el modelo de lectura propuesto por la crítica groussaquiiana.<sup>16</sup> Es, de lejos, la autoridad que más cita para apoyar sus propios juicios sobre la novela, en tanto parece ignorar supinamente a los verdaderos cervantistas, de quienes se acuerda sólo al acaso para obviarlos en forma expresa, como ocurre con Américo Castro o Rodríguez Marín, incursos como están en el imperdonable pecado de ser españoles; pero el caso es que también parece desconocer el cervantismo no español: sólo Groussac aparece mencionado una y otra vez, sea para avalar su descalificación del estilo de Cervantes —bien que, justo es reconocerlo, atenuando las exageradas censuras del francés—<sup>17</sup>, sea para descalificar el cervantismo nacio-

<sup>15</sup> Con ser extrema y sostenida, la aversión de Groussac hacia España no fue infinita: encontró su límite en 1898, al estallar la guerra hispano-norteamericana, ocasión en la que el francés recordó de pronto que su patria y la de los españoles pertenecían a una común cultura latina que convenía reivindicar frente al avance anglosajón. Como se ve, este repentino y fugaz brote de hispanofilia no fue en Groussac —como nada en él— espontáneo y desinteresado, sino calculada operación *pro domo sua* (ver Bruno, 2005: 137-145).

<sup>16</sup> “[...] del polígrafo francés heredó [Borges] un núcleo ideológico fuerte, que usó durante mucho tiempo y del cual tal vez “Pierre Menard, autor del *Quijote*” sea un eco más. Se trata sobre todo de sus opiniones sobre el *Quijote* y sobre los cervantistas, e incluso sobre España y lo español en general, aunque en estos últimos temas las herencias pueden ser múltiples y difusas” (Pasternac, 1992-1993: en línea).

<sup>17</sup> “También nuestro Groussac: ‘Si han de describirse las cosas como son, deberemos confesar que una buena mitad de la obra es de forma por demás floja y desaliñada, la cual harto justifica lo del humilde idioma que los rivales de Cervantes le achacaban. Y con esto no me refiero única ni principalmente a las impropiedades verbales,

nalista y “gramatical” de los españoles,<sup>18</sup> sea para señalar las deficiencias de construcción de la primera parte,<sup>19</sup> sea para objetar el desarrollo clínico de la locura de Alonso Quijano,<sup>20</sup> sea para elogiar la primera frase de la obra;<sup>21</sup> otras veces la cita no apunta a sostener sus propias afirmaciones, sino que le surge natural, como por asociación instantánea de las ideas “*Quijote-Groussac*”;<sup>22</sup> otras veces no hay en absoluto cita, mas a todo lector advertido el hipotexto groussaquiiano se le impone como inequívoco origen de las opiniones de Borges.<sup>23</sup> Pero más importante aún

a las intolerables repeticiones o retruécanos ni a los retazos de pesada grandilocuencia que nos abruman, sino a la contextura generalmente desmayada de esa prosa de sobremesa’ (*Crítica literaria*, p. 41). Prosa de sobremesa, prosa conversada y no declamada, es la de Cervantes, y otra no le hace falta” (Borges, OC: 203; las cursivas son nuestras; la cita inserta puede leerse en Groussac, 1980: 47); “Groussac [...] condenó la aberración de cifrar el milagro de la obra maestra en la sal gruesa de su estilo jocoso, y, desde luego, en los dicharachos de Sanchó” (Borges, 1998: 99). Para confirmar la filiación de estas opiniones, léase este otro juicio del francés: “Poco es decir que su incertidumbre en la marcha de la acción se prolongó hasta los últimos capítulos de la segunda parte, no cesando durante el desarrollo de la novela los tropiezos, olvidos y trocatis sobre los actos y hasta los nombres de los personajes. [...] Aun prescindiendo de esos detalles, se revela a cada paso lo descoyuntado del organismo literario, la falta de columna vertebral, en las múltiples digresiones parásitas y relatos extraños que se intercalan en la acción, ya tan floja, para acabar de paralizarla” (Groussac, 1980: 38).

<sup>18</sup> “Paneginistas de este tipo infestaron el siglo XIX; Groussac los censuró” (Borges, 2001: 251).

<sup>19</sup> “El procedimiento se trasluce con seguridad en la primera parte, tan secundaria en mérito. Allí menudean las cargosas retahílas de palos y puñetazos, censuradas con aparente justicia por nuestro Groussac” (Borges, 1994: 118-119). Había escrito Groussac: “No tengo que volver sobre la falta de plan que se nota en el *Quijote*, como tampoco sobre lo desarticulado de la acción [...]. Huelga recordar aquellos lances harto parecidos y repetidos, con su previsto desenlace de palizas y puñetazos brutales” (Groussac, 1980: 41).

<sup>20</sup> “Alguien estudió el *Quijote* como caso clínico. Dijo que la evolución de la enfermedad era admirable, en la novela. Según Groussac, que fue muy curioso de medicina y psiquiatría, no existe ese tipo de locura” (Bíoy Casares, 2006: 1229). Había en efecto señalado Groussac: “La observación tan celebrada del caso patológico (hasta por alienistas encandilados, como el profesor Ball) [...] está llena de lagunas y errores. El autor incurre en frecuentes equivocaciones respecto a la actitud lógica de su enfermo, en tal o cual coyuntura” (Groussac, 1980: 43).

<sup>21</sup> “[Borges] elogia la primera frase del *Quijote*. Recuerda a Groussac, que dijo: ‘Sería crueldad señalar que entonces disponía de más tiempo, porque estaba en la cárcel’ (Bíoy Casares, 2006: 1264). La cita exacta de Groussac aparece, empero, mal recogida por Bíoy: ‘Físicamente, la silueta inolvidable del hidalgo cincuentón [...] queda burilada desde ese admirable primer capítulo, el mejor escrito del libro, y cuyo esmero nos trae involuntariamente a la memoria (el solo recordado parece una crueldad) el tiempo y vagar de que gozaba el preso para cuidar su estilo, y que no le dejó más tarde su libre y siempre apurada existencia’ (Groussac, 1980: 42).

<sup>22</sup> “El hecho es que en Cervantes, como en Jekyll, hubo por lo menos dos hombres: el duro veterano, ligetamente *miles gloriosus*, lector y gustador de sueños quiméricos, y el hombre comprensivo, indulgente, irónico y sin hiel, que Groussac, que no lo quería, pudo equiparar a Montaigne” (Borges, 1998: 62; ver Groussac, 1980: 48); “Groussac dice que [el *Quijote*] iba a ser una *novela ejemplar*, es decir un cuento; después Cervantes advirtió que podía alargarlo y por eso hay una segunda salida” (Bíoy Casares, 2006: 141; ver Groussac, 1980: 35-36). La afirmación de Borges acerca de que Groussac no quería a Cervantes se contradice con lo que habría dicho años después en conversación con Bíoy: “Del hombre, de Cervantes, Groussac da una imagen muy querible” (Bíoy Casares, 2006: 874).

<sup>23</sup> La creación de los dos personajes centrales como el casi único mérito del libro y la consideración de Cervantes como “ingenio lego” —aunque en este último caso se trate de una idea bastante difundida en tiempos previos a 1925, cuando el libro de Américo Castro *El pensamiento de Cervantes* vino a desterrarla para siempre— son tesis sostenidas por Borges que, a nuestro entender, provienen básicamente de Groussac, quien había escrito a propósito de lo primero: “El hallazgo genial de Cervantes, señores, debemos verlo en esta doble creación de Don Quijote y Sancho Panza, que encarnan la vida, el interés y, a pesar de las filiaciones indicadas, la verdadera novedad de la inmortal novela” (Groussac, 1980: 46-47); “quédale a Cervantes, lo repito, la gloria de haber animado aquellos dos tipos eternos, que, dotados de una vida imaginaria más intensa que la de ningún ser de carne y hueso, e incorporados por siempre a la familia espiritual de la humanidad, bastan para consagrar a su autor entre los grandes

que la cita expresa, la evidente apoyatura teórica en ella o la mera reminiscencia, resulta el hecho de que Borges haya advertido y reconocido que Groussac, tironeado por su admiración hacia la novela y su aversión hacia España, elaboró una crítica de tensión entre el elogio y la censura donde a todas luces acabó predominando esta por sobre aquel.<sup>24</sup> Al advertir este rasgo del talante crítico groussaquiano, Borges se reconoce implícitamente a sí mismo como su continuador en el padecimiento de idéntica tensión, por más que en él el equilibrio entre la alabanza y el denuedo sea mayor y el *Quijote* salga, al cabo, bastante mejor parado.<sup>25</sup> Una muestra y la mejor prueba de esta lograda operatoria de atenuación —que no de anulación u obliteración— de los juicios negativos de Groussac acerca del *Quijote* que Borges ejecuta con todo su infalible arsenal de sutilezas e ironías es, precisamente, el cuento sobre Pierre Menard, figura a un tiempo postulada y escarnecida, ejemplo de ese cervan-

maestros del arte" (Groussac, 1980: 49-50). En cuanto a la condición de "ingenio lego" de Cervantes, debe decirse que tanto en Borges como en Groussac la opinión traduce el consabido prejuicio antihispánico, pues en ambos era inconcebible la posibilidad de que un español pudiera ser a la vez genial e ilustrado, siendo que la única genialidad admisible en la atrasada España era la gratuita espontaneidad irreflexiva, el rapto inadvertido e inmérito. Borges cita en tres ocasiones *El pensamiento de Cervantes* de Castro, pero si bien parece haberlo leído —ello se desprende sobre todo de la primera de las citas—, lo descarta por molesto e innecesario para entender el *Quijote*. "Hasta don Américo Castro (en su libro encaminado a probar que Cervantes vivió de veras en el siglo XVI y en su atmósfera) se limita a emparejar los consejos de Don Quijote con los de Sócrates y a declarar el contenido ético de esas moralidades" (Borges, 1994: 120-121); "Cuenta Borges que, defendiendo a Américo Castro, Anderson Imbert le dijo: 'No hay que olvidar que escribió *El pensamiento de Cervantes* y que sin leer ese libro no podríamos entender el *Quijote*'. Borges le respondió: '¿Usted cree que nadie entendió el *Quijote* antes de la aparición del libro de Castro? ¿Toda la gente que escribió sobre el *Quijote* no lo entendía? ¿O usted cree que Américo Castro es contemporáneo de Cervantes?'" (Bioy Casares, 2006: 1450); "Américo Castro escribió un libro sobre el pensamiento de Cervantes que prueba que si Cervantes *thinks at all he thinks to no purpose* [si en verdad pensaba, no le servía de nada]. El libro no es satírico" (Bioy Casares, 2006: 1492). Sabemos que el desdén de Borges por Castro deriva de su polémica con este a propósito de la lengua rioplatense, pero las observaciones de las dos citas finales no dejan de ser significativas de la obstinación de nuestro autor, que persiste en su visión de Cervantes como bruto genial ya en tiempos —las citas del libro de Bioy son de la década del setenta— en los que semejante idea estaba completamente desacreditada. Naturalmente, la viabilidad de idéntica opinión sobre Cervantes como ingenio lego en Groussac es mayor y menos grave, dada la época: "[...] lo que de veras se hallaba en el libro, su mismo padre jamás lo sospechó; y nunca como en el caso presente se puso en claro la parte de inconsciencia, de *Unbewusst*, diría Hartmann, que entra en los actos del genio" (Groussac, 1980: 50); "He querido únicamente dar un espécimen del culto extravagante que infligen a la memoria del ignorante genial sus torpes admiradores" (Groussac, 1980: 40).

<sup>24</sup> Valga como ejemplo de la victoria final del reparo frente al encomio esta confesión del propio Groussac, quien después de señalar con detalle los muchos defectos que halla en el *Quijote* despacha las virtudes con esta urgida y avara fórmula preteritiva: "De más está decir que no tengo espacio para citar o siquiera señalar los pasajes admirables de la obra: tal inventario sería materia, no de una conferencia, sino de un curso trimestral sobre el *Quijote*. Por otra parte, no es exhibiendo algunos trozos selectos como os haría valorar el conjunto" (Groussac, 1980: 48). Se ve aquí ese "placer desinteresado en el desdén" tan propio del francés en opinión de Borges, para quien aquel "supo deprimir bien [...] [y] fue impreciso o inconvincente para elogiar. Basta recorrer las pérdidas conferencias hermosas que tratan de Cervantes" (OC: 233). Siempre comentando estas mismas conferencias, asevera Borges bastante después, en 1963: "Las alabanzas, escritas de manera deliberadamente convencional, no afectan a las objeciones, muy escritas, muy conscientes y bien razonadas" (Bioy Casares, 2006: 874).

<sup>25</sup> Comentando la aserción de Groussac acerca de que el *Quijote* es "le type du chef-d'œuvre manqué", Borges no duda en discrepar, si bien al hacerlo recae de soslayo en el desvenecado topos del ingenio lego: "La frase es injusta con *Don Quijote*: no creo que Cervantes lo escribiera para hacer una obra maestra, y como obra maestra no es *manqué*" (Bioy Casares, 2006: 1443).

tismo reticente y a la vez imposible, corporización de ese desafortunado error, a un tiempo promovido e ironizado, que consiste en aspirar a un *Quijote* completamente desligado de su cepa hispánica. Conforme al estilo típicamente borgeano, conviven en Menard la afirmación y su desautorización irónica, convivencia que traduce la tensión mal avenida entre el deseo pulsional de buena parte de la clase ilustrada argentina de la época de no ser españoles y la comprobación serena y ponderada de que fatalmente lo somos. Porque en última instancia, detrás de Menard, y también —nos atreveríamos a decir— detrás del entero y largo comercio de Borges con la obra maestra de Cervantes y de la lengua y la literatura españolas, subyace la encontrada postulación y anulación de un deseo imposible que va mucho más allá del *Quijote*: "Qué bueno sería —pero es imposible y por ello ridículo— que el *Quijote* no fuera español", es lo que significan en un primer nivel de lectura las extendidas páginas borgeanas sobre la novela, pero significan también, en un segundo y mejor nivel de lectura, "qué bueno sería —pero es imposible y por ello ridículo— que la Argentina no fuera española en su raíz e identidad", y final e íntimamente significan: "qué bueno sería —pero es imposible y ridículo— que yo, Jorge Luis no tuviera que escribir en español". En Menard, y desde su coronal prisma en todo lo escrito y dicho por nuestro autor sobre Cervantes, alienta así la inteligente toma de conciencia de la muerte por ridiculez de aquel crédulo sueño de las generaciones liberales del '37, del '53 y del '80 en el que Borges y Groussac se inscriben ideológica y afectivamente: la pretensión de una Argentina europea y no española, con una lengua lo más apartada posible de las gramatiquerías inquisitoriales de los Reales Académicos,<sup>26</sup> con una literatura cuya tradición fuera todo Occidente y no los más que

<sup>26</sup> Ni Groussac ni Borges suscribieron utopías peregrinas y absurdas como la célebre de Lucien Abeille, que aspiraba a un "idioma argentino" completamente independizado y evolucionado respecto del español, pero ambos deploraron el anquilosamiento de la norma académica peninsular y bregaron por la plasmación de un "castellano argentino" que no se sometiera servilmente a ella: "Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue una arrogancia orillera ni un malhumor. Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia. Pienso en Esteban Echeverría, en Domingo Faustino Sarmiento, en Vicente Fidel López, en Lucio V. Mansilla, en Eduardo Wilde. [...] Dos deliberaciones opuestas, la pseudo plebeya y la pseudo hispánica, dirigen las escrituras de ahora. El que no se aguaranga para escribir y se hace el peón de estancia o el matrero o el valentón, trata de españolarse o asume un español gaseoso, abstraído, internacional, sin posibilidad de patria ninguna. [...] ¿Qué zanja insuperable hay entre el español de los españoles y el de nuestra conversación argentina? Yo les respondo que ninguna, venturosamente para la entendibilidad general de nuestro decir. Un matiz de diferenciación sí lo hay: matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria" (Borges, 1994: 145-147); "Esa su misma sonoridad (vale decir: ese predominio molesto de las vocales, que por ser pocas, cansan) lo hace sermonero y enfático. Pero nosotros quisiéramos un español dócil y venturoso, que se llevara bien con la apasionada condición de nuestros ponientes y con la infinitud de dulzura de nuestros barrios y con el poderío de nuestros veranos y nuestras lluvias y con nuestra pública fe" (Borges, 1994: 150). Contra la enfática sonoridad del castellano la emprende también Groussac: "Me es imposible aceptar el castellano como instrumento adecuado al arte contemporáneo. Sonoro, vehemente, oratorio, carece de matices, mejor dicho de *nuances* —pues es muy natural que no tenga el vocablo, faltándole la cosa. Es la trompeta de bronce estrepitosa y triunfal, empero sin escala cromática" (en Bruno, 2005: 141). Más específicamente censura Groussac el cultivo de esta de suyo inapropiada lengua por parte de los literatos españoles:

modestos horizontes heredados de la Península.<sup>27</sup> Una vez más, y a poco de limarles la corteza, los frutos cervantinos de Borges nos devuelven a una reiterada formulación de su recurrente tema: el descubrimiento, a la vez melancólico y jubiloso, del inapelable destino sudamericano, y, en él, del hispánico:<sup>28</sup>

Más allá de los símbolos,  
 más allá de la pompa y la ceniza de los aniversarios,  
 más allá de la aberración del gramático  
 que ve en la historia del hidalgo,  
 que soñaba ser don Quijote y al fin lo fue,  
 no una amistad y una alegría  
 sino un herbario de arcaísmos y un refranero,  
 estás, España silenciosa, en nosotros.  
 [...] España de la larga aventura  
 que descifró los mares y redujo crueles imperios  
 y que prosigue aquí, en Buenos Aires,  
 en este atardecer del mes de julio de 1964,  
 [...] podemos profesar otros amores,  
 podemos olvidarte  
 como olvidamos nuestro propio pasado,  
 porque inseparablemente estás en nosotros,  
 [...] madre de ríos y de espadas y de multiplicadas generaciones,  
 incesante y fatal.

("España", *El otro, el mismo*, OC: 931-932)

"[...] la redundancia, enemiga de la precisión, domina en el concepto que del estilo tienen los españoles: se muestran persuadidos de que la sucesión de dos o tres vocablos, más o menos sinónimos, agrega fuerza a la expresión; es exactamente lo contrario, y la intolerable verbosidad no suele revelar sino lo indigente o confuso de la idea" (Groussac, 1918: 84). Previsiblemente, la receta que prescribe Groussac para los escritores argentinos es mejorar el castellano heredado mediante la imitación de los autores franceses: "[...] confieso que tendría por ideal literario (en América, se entiende) alcanzar la corrección gramatical española sin perder el contorno nítido y el andar nervioso del francés" (en Bruno, 2005: 143).

<sup>27</sup> "Se dice que hay una tradición a la que debemos acogernos los escritores argentinos, y que esa tradición es la literatura española [...] [pero] el hecho de que algunos ilustres escritores argentinos escriban como españoles es menos el testimonio de una capacidad heredada que una prueba de la versatilidad argentina. [...] ¿Cuál es la tradición argentina? Creo que podemos contestar fácilmente y que no hay problema en esta pregunta. Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental. [...] Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, [...] podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas" (Borges, OC: 271-273).

<sup>28</sup> Es precisamente a raíz de una frase del *Quijote*, correspondiente al episodio de la liberación de los galeotes en la primera parte, que Borges hace expresa declaración de haber comprobado la raigal hispanidad de la condición argentina y sudamericana; la sentencia cervantina expresa para nuestro autor un desprecio por la legalidad abstracta y por el orden social garantizado por el estado que españoles y americanos compartimos: "Siempre he sabido que esas tan decentes palabras eran un secreto que los hombres de nuestra América sólo podemos compartir con los hombres de España. [...] Lo que no he sentido en otro lugar es el tan íntimo y parejo contacto con lo español, como el de ese párrafo del *Quijote*. [...] Las demás naciones occidentales padecen una extraña pasión: la despiadada

## BIBLIOGRAFÍA

- BIOY CASARES, Adolfo, 2006, Daniel Martino (ed.), Buenos Aires, Ediciones Destino.
- BORGES, Jorge Luis, 1968, "Mi entrañable señor Cervantes", Conferencia dada en la Universidad de Austin. En línea: <http://www.analitica.com/Bitlibro/jjborges/cervantes.asp>
- , 1974, *Obras completas. 1923-1972 (OC)*, Buenos Aires, Emecé.
- , 1977, *Historia de la noche*, Buenos Aires, Emecé.
- , 1981, *La cifra*, Buenos Aires, Emecé.
- , 1985, *Los conjurados*, Madrid, Alianza Editorial.
- , 1994, *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Seix Barral.
- , 1998, *Prólogos con un prólogo de prólogos*, Madrid, Alianza.
- , 1999, *Autobiografía. 1899-1970*, Buenos Aires, El Ateneo.
- , 2001, *Textos recobrados. 1931-1955*, Buenos Aires, Emecé.
- , 2003, *Textos recobrados. 1956-1986*, Buenos Aires, Emecé.
- BRUNO, Paula, 2005, *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires, Universidad de San Andrés - Fondo de Cultura Económica.
- DI TULLIO, Ángela L., 2002-2003, "Borges vs. Castro: una cuestión de nacionalismos e instituciones", *Filología*, 24-25, pp. 9-20.
- FERNÁNDEZ, Teodosio, 2006, "El *Quijote* en Hispanoamérica: lecturas de Borges", *Edad de Oro*, 25, pp. 181-200.
- FINE, Ruth, 2002, "Borges y Cervantes: perspectivas estéticas", en Myrna Soloterevsky y Ruth Fine (eds.), *Borges en Jerusalén*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, pp. 117-127.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto, 2007, "El Cervantes de Borges: fascismo y literatura", *Otro lunes. Revista hispanoamericana de cultura* I, 3. En línea: <http://www.otrolunes.com/php/menu/hemeroteca-n14.php>
- GROUSSAC, Paul, 1903, *Le "Don Quichotte" d'Avellaneda. Une énigme littéraire*, París, Picard.
- , 1918, *Estudios de historia argentina*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Librero Editor.
- , 1980, *Crítica literaria*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- HUERTA, David, 1999, "La querella hispánica de Borges", *Letras Libres*, agosto, pp. 50-53.
- LASTRA PAZ, Silvia Cristina, 1998-1999, "Cervantes por Borges: las lecturas posibles", *Letras*, 38-39, pp. 119-124.
- LIRA CORONADO, Sergio, 1990, "De lo real a lo fantástico: la huella de Cervantes en Jorge Luis Borges", *Eseritos*, 6, pp. 3-10.
- MADRID, Leila, 1987, *Cervantes y Borges: la inversión de los signos*, Madrid, Pliegos.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, 1907, "El *Quijote* de Avellaneda", en *Estudios de crítica literaria. Cuarta serie*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, pp. 79-148.
- y fingida pasión de la legalidad. El individuo, en ellas, se identifica sin esfuerzo con el estado. [...] El sudamericano (y el español) saben (o mejor dicho, sienten) que 'no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres [no yéndoles nada en ello]', según lo formuló don Quijote" (Borges, 2001: 62-63).

- MOJICA, Sarah de, 2005, "Cinco notas sobre Borges y Cervantes", en Sarah de Mojica y Carlos Rincón (eds.), *Lectores del Quijote. 1605-2005*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, pp. 185-219.
- PASTERNAK, Nora, 1992-1993, "El anticervantismo de Borges: de Paul Groussac a Pierre Menard", *Estudios* 31. En línea: [http://www.biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras31/texto03/sec\\_1.html](http://www.biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras31/texto03/sec_1.html)
- PIGLIA, Ricardo, 1995, *Respiración artificial*, Buenos Aires, Planeta.
- RIMOLDI, Lucas, 2002, "Senderos que se bifurcan. Un mapa del intertexto Borges-Cervantes", *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 27, pp. 257-264.
- RODRÍGUEZ LUIS, Julio, 1988, "El *Quijote* según Borges", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 36, 1, pp. 477-500.
- TACCA, Oscar, 1999, "¿Quién es Pierre Menard?", en *Homenaje a Jorge Luis Borges* (Anejos del Boletín de la Academia Argentina de Letras, 1), Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.
- TORRES TORRES, José Manuel, 2006, "Contraposición de la idea de novela en Cervantes y Borges", *Espejulo* 33, XI. En línea: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero33/contrapo.html>

## Borges y Valéry a través del espejo

ESTER LILIANA RIPPA

Université de Paris Ouest Nanterre La Défense

*Je suis étant, et me voyant; me voyant me voir, et ainsi de suite.*

Monsieur Teste

En 1937, en la biografía sintética de Valéry, Borges destaca la ambición intelectual de Valéry.<sup>1</sup> Año y medio más tarde, una ambición hiperbólica, sin límites reales, anima al escritor Pierre Menard en la ejecución de su obra. Si bien es lícito suponer que ese rasgo de Pierre Menard, que da cuenta de un extraordinario esfuerzo intelectual, constituye un primer indicio de identificación del escritor imaginario con la figura de Valéry —rasgo al que se suman los detalles que aparecen en el cuento: la mención de la revista *La Conque*, fundada por Pierre Louÿs, amigo de Valéry; la alusión al poema "Le Cimetière marin", entre otros—, es también interesante observar cómo Borges traslada a la tarea que se impone Pierre Menard las preocupaciones intelectuales que Valéry atribuye a Leonardo Da Vinci y a Edmond Teste, las cuales son a su vez reflejo del delicado y exigente trabajo de creación que Valéry percibe en Mallarmé.

Al comienzo de su ensayo *Introduction à la méthode de Léonard de Vinci*, dice Valéry:

Il reste d'un homme ce que donnent à songer son nom, et les œuvres qui font de ce nom un signe d'admiration, de haine ou d'indifférence. Nous pensons qu'il a pensé, et nous pouvons retrouver entre ses œuvres cette pensée qui lui vient de nous: nous pouvons refaire cette pensée à l'image de la nôtre (2003: 9).

<sup>1</sup> "Enumerar los hechos de la vida de Valéry es ignorar a Valéry, es no aludir siquiera a Paul Valéry. Los hechos, para él, sólo valen como estimulantes del pensamiento: el pensamiento, para él, sólo vale en cuanto lo podemos observar; la observación de esa observación también le interesa..." (OC IV: 245).